

Andrés de Tapia y otros de Narvaez, con doscientos peones y veinte jinetes: iba en ella una puente de madera, labrada en el cuartel, destinada á dar paso franco sobre las cortaduras, conducida por cuatrocientos tlaxcalteca, encargados de cuidarla y defenderla en compañía de cincuenta soldados al mando del capitán Magarino. Regían la batalla ó centro, D. Hernando, Alonso de Ávila, Cristóbal de Olid y Bernardino Vázquez de Tapia con el grueso del ejército. Esta división era la pesada por contener muchos elementos heterogéneos: la artillería, tirada por doscientos cincuenta aliados y sostenida por cuarenta rodeleros: el fardaje conducido en hombros de los indios: los caballos cargados con la hacienda del rey, la yegua de Cortés, muchos macehuales llevando á las espaldas el oro de capitanes y soldados: las mujeres de la tropa, sirvientas ó mancebas, con Marina y dos hijas de Motecuhzoma, defendidas por trescientos aliados y treinta españoles: los prisioneros que no habían sido muertos, de los cuales eran los principales, Chimalpopoca y Tlaltecatzin, hijos del difunto monarca, Cuicuitcatzin nombrado por Cortés rey de Aculhuacan, "y á otros señores de provincias y ciudades que allí tenía presos;" (1) es decir, las personas escapadas á la catástrofe de la tarde, porque aún podían servir de alguna cosa, bien como rehenes, bien para sacar otras ventajas. Mandaban la rezaga ó retaguardia, Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de Leon, con número competente de peones y un grueso de caballería, los más de los de Narvaez. Los aliados, cuyo número se hace subir á seis ó siete mil, fueron repartidos en las tres secciones. (2)

Por orden del general recorrió los aposentos Alonso de Ojeda, dando prisa á los remisos: encontró á Francisco dormido en una azotea, le despertó é hizo incorporarse en las compañías. Era poco antes de la media noche; había grande oscuridad y lloviznaba fuerte. Dejando en el cuartel encendidas algunas hogueras, cual si todavía velasen los cuerpos de guardia, el ejército comenzó á desfilar en si-

(1) Cartas de Relac. pág. 143.—Cortés afirma que sacaba, "á Cacamacin, Señor de Aculhuacan, y al otro su hermano que yo había puesto en su lugar."—Respecto de Cacamatzin, el aserto del general es absolutamente falso; ya hemos visto establecido por buenas autoridades que había sido asesinado en el cuartel.

(2) Cartas de Relac. pág. 143.—Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—P. Sahagun, lib. XII, cap. XXIV.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. XI.—Gomara, Crón. cap. CX.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXI.

lencio, recojió al paso los destacamentos dejados en las puentes ganadas aquel día, llegando sin ser sentido á la primera cortadura de la calzada. El camino recorrido, saliendo del palacio de Axayacatl, no pudo ser otro que siguiendo en parte las tapias del teocalli mayor, ganando luego por la calle recta de Tlacopan: la cortadura ya en el fin de la isla y principio de la calzada, se llamaba de Tecpantzinco, y estaba colocada sobre la gran acequia que de N. á S. cruzaba sobre las calles del Puente de la Mariscala, Santa Isabel y S. Juan de Letran. Magarino con sus hombros colocó la puente sobre la cortadura, pasando tranquilamente la vanguardia y la batalla; mas como la puente no era muy ancha, el desfile se hizo con lentitud y de precisión con algun ruido al paso de la artillería y de los jinetes. La ciudad estaba sumergida en profundo silencio, los guerreros indios dormían descuidados. Por acaso una mujer que iba á tomar agua descubrió la negra columna y para distinguirla le arrojó el tizon que en la mano llevaba para alumbrarse; cerciorada de lo que era, comenzó á dar gritos á los méxica, avisándoles como sus enemigos se iban secretamente huyendo. A las voces despertó una de las velas colocadas en un teocalli de Huitzilopochtli y comenzó á sonar con fuerza el *huehuell* ó gran atambor de guerra; á los lúgubres sonidos, los sacerdotes veladores de los teocalli repitieron la señal con los instrumentos sagrados, y brotados entre las tinieblas aparecieron los guerreros méxica á vanguardia y retaguardia, y por ambos lados de la calzada sobre sus canoas en el lago. (1)

Ciutlahuac debió conocer ser el punto importante el Tecpantzinco y sobre él cargó un gran grueso de guerreros. Empeñose el combate con encarnizamiento, cerrando unos contra otros pié con pié; no obstante la diferencia de las armas, como los castellanos perdían las ventajas de la artillería y de las escopetas por estar estrechados, los méxica lograron contener el avance de sus contrarios cuando todavía no pasaba por la puente portátil toda la rezaga. Los ochenta jinetes de aquella división llevaban los heridos á las ancas por lo cual no podían maniobrar con soltura, así por el peso, como por lo estrecho del terreno. "Y estando de esta manera, carga tanta multitud de mexicanos á quitar la puente y á herir y matar á

(1) P. Sahagun, lib. XII, cap. XXIV.—Códice Ramírez. MS.—Fragmentos MS.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXI.

“los nuestros, que no se daban á manos unos á otros; y como la desdicha es mala, y en tales tiempos ocurre un mal sobre otro, como llovía, resbalaron dos caballos y se espantaron, y caen en la laguna, y la puente caída y quitada; y carga tanto guerrero mexicano por acaballa de quitar, que por bien que peleábamos y matábamos muchos de ellos, no se pudo más aprovechar, della.” (1) Dueños los triunfantes méxica de la puente y arrojada al agua, la parte de la rezaga que aún no había pasado, quedó enteramente cortada, para escapar á una pérdida segura se abrió paso por entre la apiñada multitud de los enemigos y fué á encastillarse de nuevo en el abandonado cuartel.

El ejército quedó así aislado entre las cortaduras. La noticia de la pérdida de la puente cundió con notable rapidez del uno al otro extremo de la columna, difundiendo el mayor desaliento; lo inminente del peligro trajo el instinto de la conservación personal, perdiéronse orden, y disciplina, y cada quien pensó en salvarse sin acudir á la defensa comun. “Pues quizá había algún concierto en la salida, como lo habíamos concertado, maldito aquel, porque Cortés y los capitanes y soldados que pasaron primero á caballo, por salvar sus vidas y llegar á tierra firme, aguijaron por las puentes y calzadas adelante, y no aguardaron uno á otro; y no lo erraron, porque los de á caballo no podían pelear en las calzadas; porque yendo por la calzada, ya que arremetían á los escuadrones mexicanos, echábanseles al agua, y de la una parte la laguna y de otra azuteas, y por tierra les tiraban tanta flecha y vara y piedra, y con lanzas muy largas que habían hecho de las espadas que nos tomaron, como artesanas, mataban los caballos con ellas; y si arremetía alguno de á caballo y mataba algún indio, luego le mataban el caballo; y así no se atrevían á correr por la calzada.” (2)

La mayor parte de la vanguardia tuvo tiempo de pasar las dos cortaduras restantes, como mejor pudo. El general con un trozo de

(1) Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—Cortés nada dice acerca del término final de la puente portátil.—Gomara, Crón. cap. CX, asegura haber pasado el ejército sobre el primer foso y que quitada la puente fué colocada sobre la segunda cortadura.—Herrera, déc. II. lib. X, cap. XI, afirma que colocado el ponton en la primera cortadura no se pudo ya quitar porque se afirmó en el lodo del suelo.—Seguimos la autoridad de Bernal Díaz como la más autorizada en el caso.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXVIII.

peones, siguió el mismo movimiento: “é yo pasé presto, dice, con cinco de caballo, y con cien peones, con los cuales pasé á nado todas las puentes y las gané hasta la tierra firme.” (1) Quedó pues abandonado el centro, con la parte de la rezaga que no había tornado al cuartel. Siguiendo el impulso de la marcha, guiado por el instinto de buscar la tierra firme, empujado por los enemigos, aquel trozo se encontró delante de la cortadura de Tolteacalli. Impelidos los del frente por los de la retaguardia, el confuso tropel de castellanos y aliados, mujeres, caballos, artillería, macehuales cargados con el fardaje, comenzó á caer en el foso, bregando cada quien contra la muerte. La algazara de la pelea no ahogaba los gritos de apuro. Aquí uno que luchaba contra las aguas exclamaba: ¡Socorro que me ahogo! Allá un combatiente voceaba: ¡Aquí, ayuda, ayuda! El arrebatado vivo para ser llevado al sacrificio decía: ¡Favor que me lleven! Las mujeres lanzaban gritos de angustia, los moribundos clamaban á Dios y á la Virgen sin mancilla; y á todo se mezclaban los denuestos de los méxica, y su grito de guerra y de furor. Fila tras fila fueron hundiéndose en la cortadura, hasta que colmada de despojos quedó allanada, y dió paso franco á los mermados restos de la division, compuestos de algunos peones denodados que habían sabido mantenerse juntos, y que con sus bravos capitanes iban todavía haciendo rostro al enemigo. En Tolteacalli fueron la mayor matanza y pérdida.

La tercera cortadura se nombraba Toltecaacalopan. Afortunadamente quedaba sobre ella una viga atravesada, por la cual se salvaron algunos, y muchos más se salvaran si no sobrevinieran los méxica en persecucion de los fugitivos. Unos cincuenta peones, entre los cuales se contaba Bernal Díaz, manteniéndose unidos lograron defenderse y franquear el paso; escaparon igualmente pequeños pelotones de soldados animosos; el resto de la confusa muchedumbre, cayó en la cortadura, cegándola como la anterior, dando así paso libre al reducido número de quienes habían sobrevivido. De los últimos llegó á la orilla Pedro de Alvarado, capitán comandante de la rezaga; venía sólo y sin compañeros; desmontado, herido y cansado, se defendía contra una turba de guerreros; haciendo rostro con el valor que no puede disputársele, amparándose con espada y

(1) Cartas de Relac. pág. 143.

broquel, atravesó el foso por la viga, y recibido al otro lado á las ancas del caballo de Cristóbal Martín de Gamboa, pudo llegar salvo al fin de la calzada. (1)

Los fugitivos seguían la calzada adelante, calados por el agua, cubiertos de lodo y sangre, cansados, heridos muchos, murmurando de sus jefes que los habían abandonado. Gonzalo de Sandoval, Olid y otros caballeros gritaron á Cortés que iba delante: "Aguardad, señor capitán; que dicen estos soldados que vamos huyendo, y los dejamos morir en las puentes y calzadas á todos los que quedan atrás, tornémoslos á amparar y recojer; porque vienen algunos soldados muy heridos y dicen que los demás quedan todos muertos, y no salen ni vienen algunos." No obstante que D. Hernando contestó sería temeridad volver á las puentes pues ninguno saldría con vida, tornóse la calzada arriba con Sandoval, Olid, Avila, Morla, Gonzalo Domínguez y otros siete jinetes con algunos peones de los no heridos; no habían caminado mucho trecho cuando encontraron á Pedro de Alvarado, en compañía de siete soldados y ocho tlascalteca, todos heridos; preguntóle el general ¿si atrás quedaba

(1) Refieren unánimemente historiadores y poetas, que Alvarado: "clavó de firme su lanza en los objetos que asomaban sobre las aguas, se echó hacia adelante con todo el impulso posible, y de un salto salvó el foso. Los aztecas y tlascaltecas que le miraban asombrados y estupefactos, exclamaron al ver aquel salto incomprendible: "De veras este es Tonatiuh." (Prescott, tom. 2. pág. 51.)—Por tres siglos ha pasado esta relación por verdadera, contando en su apoyo no sólo el testimonio del comun de los escritores, sino también la tradición constante sostenida en el nombre de la calle del puente de Alvarado, en la cual existe aún, aunque debajo del piso, el puente del Salto de Alvarado. Queda aún al descubierto parte de la acequia que por bajo el puente pasaba, corriendo de N. á S. por entre los edificios. Todavía en 1834 vimos descubierta la acequia á uno y otro lado de la calle. El lado S. presentaba hácia 1847 un Jardín y casa de baños marcada con el número 24 bis; trasformóse despues en el Tívoli del Eliseo, en cuyo jardín se descubre aún parte de la antigua acequia. Por el S. tapóse la especie de portillo que ahí había por una pared pequeña y alta reja, construyéndose luego la casa marcada con el núm. 5. Pasaba por la calle el antiguo acueducto y el puente se manifestaba junto al Tívoli.

En verdad importa poco á la historia haber saltado ó no el capitán Tonatiuh; pero importa á la verdad no admitir errores, por insignificantes que parezcan. Por sí sólo se hace increíble el salto, y los pormenores que le acompañan, considerando que perdido el caballo, Alvarado no podía conservar la lanza; que aunque retuviera el arma, ésta era muy corta para proporcionar el salto; que ejecutado en la oscuridad de la noche y en medio de una encarnizada pelea, mal pudieron admirarle azteca y tlascalteca.

alguna gente? respondió que nó, pues toda era pasada: con esta seguridad siguieron toda la calzada abajo, hasta llegar á Popotlan pueblo situado á la orilla del lago. (1)

A los primeros albores del Domingo primero de Julio, mientras los dispersos seguían tranquilamente para el cercano pueblo de Tlacopan, pues los méxica se habían retirado sin proseguir la persecución, D. Hernando descabalgó de su caballo, sentándose abatido sobre las gradas del teocalli, en espera de los últimos rezagados; pasaron todavía, aunque pocos, despedazadas las armas, maltratados, sosteniéndose á duras penas contra el cansancio y las heridas. Al recuerdo de cuantas desgracias le habían acautecido aquella infausta noche, no pudo ménos de conmoverse y derramó algunas lágrimas. (2) Presentaríase á la mente su pasada grandeza, su ejército destruido y aniquilado su tesoro, sus planes frustrados de señoría, todas las visiones que en la prosperidad le fingía la imaginación, perdido de un sólo golpe, desaparecidas como un sueño realidades y mentiras en las tinieblas de la pesada noche. Desahogado un tanto y luego que volvió á tomar su tensión ordinaria su volun-

Quien primero negó absolutamente el hecho fué Bernal Díaz, cap. CXXVIII, quien entre otras cosas había escrito: "También digo que no la podía saltar ni sobre la lanza ni de otra manera, porque despues desde cerca de un año que volvimos á poner cerco á México y la ganamos, me hallé muchas veces en aquella puente peleando con escuadrones mexicanos, y tenían allí hechos reamparos y albarradas, que se llaman ahora la puente del Salto de Alvarado; y platicábamos muchos soldados sobre ello, y no hallábamos razón ni soltura de un hombre que tal saltase. . . . volvamos á decir desto del salto de Alvarado: digo que para qué porían algunas personas que no lo saben ni lo vieron, que fué cierto que la saltó Pedro de Alvarado la noche que salimos huyendo, aquella puente y abertura del agua; otra vez digo que no la pudo saltar, en ninguna manera." &c.—El mismo sincerísimo cronista loco cit. explica el origen de la conseja en estas palabras: "Y porque los lectores sepan que en México hubo un soldado que se decía Fulano de Ocampo, que fué de los que vinieron con Garay, hombre muy plático, y se preciaba de hacer libelos infamatorios y otras cosas á manera de masepasquines; y puso en ciertos libelos á muchos de nuestros capitanes cosas feas que no son de decir no siendo verdad; y entre ellos, demas de otras cosas que dijo de Pedro de Alvarado, que había dejado morir á su compañero Juan Velázquez de Leon, con más de ducientos soldados y los de á caballo que les

(1) Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—Proceso de Alvarado: Rodrigo de Castañeda, pág. 44; Alonso Morzillo, pág. 47.

(2) Oviedo, lib. XXXIII, cap. XLVII.—Gomara, Crón. cap. CIX.

tad de hierro, montó de nuevo sobre el fatigado corcel, dejó el pueblo de Popotla y se dirigió al vecino de Tlacopan (hoy Tacuba).

Los soldados estaban remolineando en la plaza sin saber cuál camino tomar. Aunque la mayor parte de los guerreros de aquella cabecera, la menor de las tres monarquías de la triple alianza, debían estar á la sazón en México, los moradores comenzaron á tomar las armas, acudiendo también á la pelea los de Azcapotzalco y Tenayocan; se hacía preciso dejar aquel lugar para no verse encerrado en las calles y combatido desde las azoteas. Puesto D. Hernando á la cabeza y guiando unos tlaxcalteca que decían saber el camino, dejaron á Tlacopan metiéndose por entre los maizales: los indios aumentaban más y más, rodeando la cansada columna, arrojando gritos de provocación y desafío, disparando flechas, piedras y varas. Arrastrándose penosamente, más bien que andando y combatiendo, llegaron al arroyo de Tepzolac, perdiendo en el camino intermedio á los dos hijos de Motecuhzoma, llamados Tlaltecatzin y Chimalpopoca; pasada la corriente y presentándose más allá algunas pequeñas alturas, siendo imposible pasar adelante, así por la fatiga como

dejarnos en la retaguardia, y se escapó él, y por escaparse dió aquel gran salto, como suele decir el refrán: "Saltó y escapó la vida."—Cosa curiosa; el libelo en que se motejaba á Alvarado, se trasformó en una de las hazañas más renombradas del capitán.

El panegirista Solís, lib. IV, cap. XVIII, aplica una buena reprimenda á Bernal Díaz por su incredulidad, en que sólo me parecen buenas estas palabras; "que cuando se creyese (en el salto), dejaba más encarecida su ligereza (de Alvarado), que acreditado su valor."

Publicado el proceso de Alvarado, México, 1847, la cuestión quedó fuera de duda, demostrólo el Sr. D. José Fernando Ramírez, llamando la atención de los lectores.—La pregunta VIII del interrogatorio, pág. 4 y 5 dice: "Item si saben &c. que.... el dicho Cortés hizo capitán al dicho Pedro de Alvarado de la rezaga ó retaguardia con ochenta de cavallo y quinientos peones y el dicho Cortés llevó la delantera y salió desta cibdad y pasó con su gente ciertos pasos malos que había en la calzada y estando desecha la dicha puente, que no havia más de un madero por do pasar, el dicho Pedro de Alvarado se apeó y pasó el dicho madero dexando su cavallo de la otra parte y toda la gente de que era capitán desamparada viniendo los enemigos tras dellos y cabalga a las ancas de un cavallo de un escudero que estava de la otra parte y se fue huyendo donde estaba Cortés el qual le preguntó si havia pasado toda su gente y el dicho Alvarado le hizo entender que todos eran salidos y con esto el dicho Cortés comenzó á caminar y así se quedaron todos los cristianos que venían en compañía del dicho Pedro de Alvarado desamparados de capitán que los

porque los guerreros indios cargaban con fuerza, mientras Cortés con los veinte y cuatro caballos que le quedaban mantuvo la llanura, los peones treparon la cuesta de Acueco en el cerco Totoltepec, se apoderaron de un teocalli ahí existente, estableciéndose lo mejor que pudieron para descansar y defenderse: seguros los peones, la caballería se retiró también al templo. (1) Los otomíes del pueblo de Tocalhuican les dieron algunos víveres y aún les proporcionaron algunos hombres para llevar el fardaje. (2)

Ahí se hizo alarde de la gente, pudiéndose conocer definitivamente la pérdida sufrida. Se vió faltaban sobre seiscientos castellanos y ochenta y tantos caballos: de los principales capitanes, el caballero Juan Velázquez de Leon comandante de la rezaga, en compañía de Alvarado, Francisco de Salcedo, Francisco de Morla y un muy buen jinete apellidado Lares. De los de Narvaez perecieron la mayor parte, ya por bisoños ya por codiciosos. "De los nuestros tantos "más morían, cuanto más cargados iban de repa, de oro y joyas; ca "no se salvaron, sino los que ménos oro llevaban, y los que fueron "delante, ó sin miedo, por manera que los mató el oro, y murieron

acabillos (acabillase) y los indios los mataron todos, digan lo que saben" &c.—Más ó ménos conformes respondieron los testigos; el mismo Pedro de Alvarado descargándose, pág. 68—69, dijo:—"quel dicho cargo en tal coyuntura no se me había de poner por que saliendo de guerra como salimos e a tanto peligro de nuestras personas e con la muchedumbre de enemigos que avia por las azoteas e calles é pasos peleando e syendo de noche e oscuro é saliendo desta cibdad en la retaguardia los

(1) El arroyo de Tepzolac corresponde al río de Atzacapotzalco ó de los Remedios.—En este sitio en donde se rindió la primera jornada existía ya en 1534 una ermita consagrada á Nuestra Señora de los Remedios, cuyo santuario subsiste todavía. Muchos autores dan al sitio el nombre de Otoncapolco, á lo cual observa el P. Alzate, *Gazeta de literatura* de 2 de Octubre 1792, que Otoncapolco dista tres cuartos de legua de los Remedios, refiriendo que en su tiempo existían el templo y las fortificaciones de aquel pueblo de Otomíes.—Acercas de la identidad del lugar tenemos: "160. Item, si saben que yendo el dicho D. Hernando Cortés así, los capitanes é la xente que había dexado de caballo en la retaguardia, recibían mucho daño, é les mataban mucha xente los enemigos, é si saben quel dicho D. Hernando Cortés volvió á tomar la retaguardia, é peleó hasta sacar la xente é la llevó al sitio donde agora llaman Nuestra Señora de los Remedios." Interrogatorio, Doc. inéd. tom, XXVII, pág. 364.

(2) *Cartas de Relac.* pág. 144.—Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—Sahagun, lib. XII, cap. XXV y XXVI.—Teocalhuican ó Tencalhuyacan como le llama el P. Sahagun, era un pueblo de otomíes fundado en aquellos contornos: ha desaparecido ó cambiado de nombre, mas se le menciona en el *Códice Mendocino*.

ricos. (1) Sobrevivieron pocos de los aliados, y de los prisioneros y señores sólo Cuicuitzeatzin; "al astrólogo Botello, no le aprovechó su astrología;" la hija de Motecuhzoma, Doña Ana, dada por esposa á Cortés, con las otras princesas y mujeres de la tropa, quedaron en las puentes. La artillería, la pólvora, el fardaje, la yegua con el oro y el paje Torrecicas, los indios cargados de oro, sirvieron para colmar los fosos, sacando los fugitivos pocas ballestas. Salváronse los intérpretes Aguilar y Marina, Doña Luisa, la hija de Xicotencatl y el constructor de los bergantines, Martín López. Tan profunda fué la impresion causada en el ánimo de los conquistadores por aquella sangrienta rota, que bautizaron la jornada con el epíteto significativo de la *Noche triste*. La causa del desbarato se comprende. Falta militar fué, en nuestro concepto, salir de noche y lloviendo; el día anterior, sin emplear la fuerza total del ejército, D. Hernando se había abierto paso con algunos jinetes hasta la tierra firme. En las tinieblas, durante la lluvia, en la estrechura de la calzada, los conquistadores no pudieron utilizar la caballería ni las armas de fuego, principales elementos sobre los indios. Los peones no atinaron á

que yvan con migo me dejaron e desampararon e como yva huyendo e ser de noche no los podía capitanear é por esta cabsa los enemigos los mataron como á mi que me hirieron malamente, é me mataron el caballo e en todo este tiempo en todo lo a mi posible yo los capitaneé e hize todo lo que debía e hera obligado como buen capitán e cavallero animandolos e esforzandolos hasta que me dexaron solo é mal herido e el caballo muerto e viendome desta manera pase el dicho paso e no me lo havian de tener á mal ni darmelo por cargo pues fue milagro poderme escapar e no lo pudiera hacer sy no fuera porque uno de cavallo estaba de la otra parte que era Cristobal Martín de Gamboa que me tomó á las ancas de su caballo e me sacó." &c.
—Conformes entre sí, la pregunta del interrogatorio, las declaraciones de los testigos presenciales, la confesión del interesado, resulta, que no hubo salto chico ni grande y que el capitán Pedro de Alvarado pasó el foso por la viga ó madero que del puente quedaba.

"Parece fuera de duda, dice el Sr. Ramírez, que el famoso salto de Alvarado, tan encomiado por nuestros historiadores y cuya tradición aún se conserva en el nombre de uno de los barrios de esta ciudad, no fué más de una conseja, ó algo peor, segun Bernal Díaz, un acerbo epígrama, que cultivado por la propension natural á creer en lo maravilloso y madurado por la tradicion de más de tres siglos, llegó al fin á tomar asiento entre las verdades históricas que nadie se atrevía á contradecir."

(1) Gomara, Crón. cap. CIX.

guardar la formacion de ordenanza, mezclados como iban con las mujeres y los bagajes: nótese que los jefes no se portaron todos con su acostumbrada bizarría, echándoseles de ménos al frente de sus respectivas divisiones. El oro los mató tambien; marchaban demasiado cargados del codiciado metal para estar listos á combatir ó franquear los obstaculos; "y si de Narvaéz murieron muchos más que de los de Cortés en las puentes, nos dice Bernal Díaz, fué por salir cargados de oro, que con el peso dello no podían salir ni nadar." (1)

Falta militar imperdonable aparece en Cuitlahuac, no haber rematado su victoria, persiguiendo á los fugitivos hasta exterminar-

(1) No es posible conocer á punto fijo la pérdida de los castellanos en la Noche triste. Cortés, Cartas de Relac. pág. 145, dice haber perecido 150 hombres, 45 yeguas y caballos y más de dos mil indios de servicio. Evidentemente éste es el cálculo más bajo y tambien el más lejano de la verdad. Copia esta version Oviedo, lib. XXXIII, cap. XIV.

Segun las cuentas de Herrera, déc. II, lib. X. cap. XII, se perdieron 290 castellanos, 45 caballos y 4,000 indios amigos. Le sigue Torquemada, lib. IV, cap. LXXII. Asegura el P. Sahagun, lib. XII, cap. XXIV, haber quedado sólo en la cortadura de Tloteacaacalopan, 300 españoles y más de 2,000 aliados.

Gomara, Crón. cap. CIX, pone 450 españoles, 46 caballos y 4,000 indios amigos. Adoptan la misma cifra, Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 88, MS. y Muñoz Camargo, Historia de Tlaxcallan, MS.

En la Probanza hecha á contento de D. Hernando, pregunta diez, asegura que murieron más de doscientos cristianos, cincuenta y seis caballos y más de dos mil indios. Doc. de García Icazbalceta, tom. 1, pág. 425.

Bernaldino Vázquez de Tapia sube el número á cerca de 600 hombres y ochenta y tantos caballos. Proceso de Alvarado, pág. 38.—El mismo testigo declarando en la Residencia tomada á Cortés, tom. 1, pág. 42, dice: "é murieron dentro de la ciudad é fuera más de ochocientos ombres poco más ó ménos."

Bernal Díaz, cap. CXXVIII: "Digo que en obra de cinco días fueron muertos y sacrificados sobre ochocientos y setenta soldados, con setenta y dos que mataron en un pueblo que se dice Tuxtepeque, y á cinco mujeres de Castilla."

Juan Cano, platicando con Oviedo, (lib. XXXIII, cap. LIV), le refirió que la pérdida en la ciudad y durante el camino para Tlaxcalla consistió en más de 1,170 castellanos y más de 8,000 indios.—Estas cifras vienen á formar el extremo por la parte exajerada. Adoptamos el término medio.

En cuanto á la fecha de la jornada, Gomara, Bernal Díaz, Ixtlilxochitl, &c. aseguran haber sido el diez de Julio. Cortés señala exactamente su entrada en México á veinte y cuatro de Junio y su llegada á tierras de Tlaxcalla el *Domingo ocho de Julio*: todos los sucesos van conformes con estas fechas. Imposible es admitir el diez de Julio para la Noche triste, y la verdadera fecha que le corresponde es el domingo primero. Tal vez haya consistido el error en que aquellos autores, al ménos Gomara, escribiera 1º en numeros, transformados en 10 por los copiantes y vueltos definitivamente diez.